

sk

ARTÍCULOS

La íntima certeza



La desaparición forzada del Ingeniero Alfredo González en 1978, exdecano de la Facultad de Ingeniería Química de la Universidad Nacional de Misiones (UNaM) y militante del Partido Demócrata Cristiano, evidencia la persecución política que se registró en el ámbito científico de las provincias periféricas del país durante el terrorismo de Estado.

El mejor amigo de González, don Mario Marturet, histórico dirigente de la democracia cristiana en el nordeste argentino —fallecido el 27 de diciembre de 2019—, estaba convencido de conocer a los responsables intelectuales del secuestro y muerte de su compañero. Aportó documentos reveladores y su testimonio ante la justicia fue clave para conocer el trasfondo político-institucional de este crimen de Lesa Humanidad.

Por Sebastián Korol

En febrero de 1978, poco antes de ser secuestrado y desaparecido por segunda vez y de manera definitiva, Alfredo González, exdecano de la Facultad de Ingeniería Química de la Universidad Nacional de Misiones (UNaM), viajó a Mar del Plata en su automóvil particular, un Fiat 125 azul, acompañado por su ayudante Julio César Capli. Asistieron a una feria en la que Alfredo presentó su última invención: un abrasivo suave muy efectivo para la limpieza de autos, superficies lisas y cocinas; similar a la que se comercializa actualmente en Argentina con el nombre de CIF.

En el camino de regreso hicieron una parada en Bella Vista, Corrientes, el pueblo natal de Alfredo. Era de madrugada. Estuvieron solo unos minutos: calentaron agua para el mate y reanudaron la marcha hacia la capital correntina, a 140 kilómetros de allí. Alfredo necesitaba hablar con Mario Marturet, coordinador regional del Partido Demócrata Cristiano, donde militaba desde hacía varios años. Era su mentor y referente político. Pero también su amigo y consejero. Quería comentarle sobre una situación complicada que estaba atravesando.

Anuncios



INFORMA SOBRE ESTE ANUNCIO

Llegaron a Corrientes cuando caía la noche. Era viernes, o sábado: había carnaval. Capli se quedó en el centro de la ciudad a la espera de las comparsas y Alfredo se dirigió a la casa de Mario, en el barrio Sargento Cabral. Mario lo recibió con sorpresa y alegría y le invitó a compartir la cena. Conversaron durante varias horas. Fue una noche calurosa en la que el barullo de las batucadas repiqueteaba en el

aire incesantemente.

Primero Alfredo le comentó que estaba entusiasmado porque avanzaba con un proyecto que consideraba muy importante junto a la pequeña empresa Productos Bañay SRL, de la familia Holowaty, que funcionaba en la localidad de Leandro N. Alem, Misiones. Le explicó que había desarrollado una fórmula innovadora para un nuevo producto, que venía de presentarlo por primera vez en Buenos Aires. Fue hasta el auto y trajo las muestras que había llevado: dos botellas de litro, una verde y otra azul, con la inscripción “Multibril. Limpiador y lustrador” en letras blancas. Le dijo que ya estaba tramitando la marca en el Registro de la Propiedad Intelectual y que habían posibilidades de venderlo en los Estados Unidos.



Multibril, el innovador abrasivo creado por Alfredo González, en su presentación original. Fotografía gentileza de Amelia González.

Pero luego le confesó que, al mismo tiempo, estaba preocupado. Desde hacía meses sufría una violenta persecución política en la Facultad de Ingeniería Química de la UNaM, donde trabajaba como docente e investigador. Por el momento, aclaró, se trataba de “enfrentamientos ideológicos” pero el clima era hostil y el panorama futuro incierto.

—Quiero que por favor conserves estos documentos —le dijo Alfredo a Mario, mientras retiraba de su maletín una veintena de fotocopias.

Eran tres textos.

Un memorándum anónimo que, según le explicó, había circulado por la Facultad entre septiembre y octubre de 1977 y contenía graves e infundadas acusaciones hacia su persona. Era el segundo de ese tipo, del primero no tenía copias en ese momento.

Le dio también una copia de la carta abierta dirigida a los integrantes de esa unidad académica firmada por él y difundida en noviembre de 1977, en la que respondía a tales agravios. Allí González

expresa:

“En los últimos tiempos una usina de las sombras ha hecho circular largos y pesados anónimos con el nombre de ‘Memorandum’. Su lectura permite concluir de inmediato que sus autores: a. Utilizan la metodología actualmente en uso por la subversión guerrillera (denuncias anónimas). b. Exponen una enfermiza inquina hacia mi persona. La contestación de los cargos que allí se hace me insume un tiempo valioso que me haría feliz ofrecer en trabajo por el bien común. Opto por contestar en honor a los hombres y mujeres universitarios que persiguen nobles ideales. Y dando la cara, como siempre lo hice.

(...) En mi opinión, todas las otras acusaciones de los anónimos provienen de mentes enfermas de temor y envenenadas de egoísmo. A sus autores, si no fuese por el veneno que los enferma, les acusaría simplemente de COBARDES”.

El tercer documento que Alfredo entrega a Mario es una semblanza político-académica de Julio César Leumann, a quien atribuía la autoría de los memorándums.

Alfredo y Mario se despidieron a la medianoche con un fuerte abrazo, sin imaginar que esa sería la última vez que se verían.

Genio de pueblo

Alfredo González nació en Bella Vista, Corrientes, el 28 de mayo de 1938. Su madre, Elba Dolores Gómez, era de Posadas, y su padre, Manuel González, de Bella Vista. Fue el séptimo de once hermanos que crecieron en el seno de una familia trabajadora. Manuel y Elva criaron a sus hijos con la venta de naranjas de Bella Vista que eran llevadas a los centros a consumo y trabajando en la panadería “La espiga de oro”, que abrieron en la esquina de su casa, a dos cuadras de la plaza principal del pueblo.

Estudió la primaria y el secundario en Bella Vista. Con sólo 16 años ingresó a la carrera de Ingeniería Química en la Facultad de Ingeniería Química de la Universidad Nacional del Litoral, en la provincia de Santa Fe. Se graduó en 1966. Luego asistió a cursos y seminarios en diferentes universidades públicas de Argentina, como la Universidad Nacional del Litoral, Universidad Nacional del Nordeste, Universidad Nacional de Santiago del Estero y la Universidad Nacional de La Plata.

Además, por medio de una beca de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco), entre octubre de 1968 y septiembre de 1969 realizó el Curso Universitario Internacional de Posgrado en Química e Ingeniería Química, en la Universidad de Ingeniería de Tokio, Japón. En 1970 estudió el idioma alemán en el Goethe-Instituto Brannenbug, en la República Federal de Alemania. Y en 1974 participó de cuatro cursos curriculares de la Universidad de Mins, en Estados Unidos.

Dirigió proyectos de investigación, publicó artículos en revistas científicas y fue autor de numerosos materiales didácticos y del documento “Criterios de Planificación general de la docencia, investigación técnico-creadora y extensión universitaria”, aprobado por el Consejo Académico de la Facultad de Ingeniería Química en 1971.

Su carrera docente comenzó en 1965 en la Universidad Nacional del Litoral, en las cátedras de Dibujo técnico y Procesos unitarios. Y desde 1967 se incorporó al plantel docente de la carrera de Ingeniería Química en la Universidad Nacional del Nordeste, que funcionaba en la ciudad de Posadas, Misiones. Entre 1972 y 1977 fue profesor adjunto con dedicación exclusiva de la cátedra Procesos Unitarios/procesos básicos.

En reconocimiento a su destacada trayectoria, con tan solo 32 años, el 20 de noviembre de 1970, por decreto del Poder Ejecutivo Nacional N° 2371, fue nombrado decano de la Facultad de Ingeniería

Química de la Universidad Nacional del Nordeste. Renunció al cargo en mayo de 1973, cuando el presidente Héctor Cámpora decretó la intervención de todas las universidades nacionales del país.

Faceta política

Alfredo González militaba en el Partido Demócrata Cristiano. Mario Marturet y Esio Ariel Silveira, reconocidos dirigentes de esa fuerza política en la provincia de Corrientes, lo habían incorporado al Partido a principios de los años setenta. Alfredo caracterizaba su pensamiento político de la siguiente manera:

“Creo que deben ser muy pocos los que no conocen mi adhesión a la Democracia Cristiana Argentina, a través de militancia cierta en la rama que no adhirió al peronismo y que tiene existencia legal aunque tenga suspendidas sus actividades políticas.

Esta militancia proviene de la concepción filosófica del mundo y de la vida que guía mis acciones, actitudes y pensamientos.

Señalo como cimiento de mis concepciones doctrinarias la línea histórica de la filosofía cristiana, que partiendo del Evangelio, fundamentándose en la Patrística y la Escolástica y expresándose modernamente en los grandes pensadores cristianos (Maritain, Mounier) ha revalorizado la función de la persona y del Pueblo en la Historia, ha reivindicado la tolerancia como base espiritual del pluralismo, ha rescatado la noción de comunidad en cuya entraña ha reubicado la soberanía temporal sin perjuicio de la divina; ha redimensionado los papeles del trabajo y del capital en la sociedad y ha restituido su significado a la empresa como sujeto y no como objeto de propiedad; ha definido una meta de participación plena, de liberación como proceso integral, es decir, una meta dinámica, incompatible con el “paraíso final” del comunismo, dinamismo del Plan de Dios, cuyo designio es la felicidad del hombre, a partir del tiempo y hacia la eternidad.

Sin duda, esta línea de desarrollo filosófico ha tenido magnífica expresión doctrinaria en las Encíclicas Sociales de la Iglesia Católica. Y en nuestro país se ha expresado como corriente cívica en la Democracia Cristiana Argentina, caracterizada por la búsqueda de un camino propio, apartado del comunismo, del fascismo y del liberalismo, con clara vocación pacífica; orientada a la justicia social entroncándose así con el fenómeno popular contemporáneo; ensoñación del ‘humanismo nuevo’ que pregonara Pablo VI en 1971.

Que nadie dude ya entonces de mi adhesión política. Y por eso mismo espero respeto de los hombres de bien.
(Carta Abierta de Alfredo González. Posadas. Noviembre de 1977)

Alfredo González tenía una relación de amistad con Horacio Sueldo, el fundador del Partido Demócrata Cristiano en Argentina. Y era el representante por Misiones en la junta nacional del partido. Mario Marturet explicaba que eran tiempos en que esa organización política estaba dividida en el orden nacional. La escisión había comenzado durante dictadura de Onganía y se completó en el contexto electoral de 1973. Una facción del PDC formó el Partido Popular Cristiano y otra el Partido Revolucionario Cristiano.

Desde los distritos Corrientes y Misiones, Mario Marturet y Alfredo González respectivamente, acompañaron al Partido Revolucionario Cristiano. Mario aclaraba: “Nosotros éramos el Partido Revolucionario Cristiano y adheríamos plenamente y lo acompañábamos a Horacio Sueldo en todas sus posturas”.

Para las elecciones de 1973 el Partido Revolucionario Cristiano formó la Alianza Popular Revolucionaria, con el Partido Intransigente y el Partido Comunista. Recordaba Marturet que “en aquel tiempo fue una cuestión muy difícil de digerir para muchos demócratas cristianos. A ese partido y a esa alianza respondía Alfredo González”.

Desde ese espacio acompañaron la fórmula Oscar Alende presidente, Horacio Sueldo vicepresidente,

fuerza que obtuvo el cuarto lugar, con el 7,43% de los votos.

En las elecciones generales de Misiones en 1975 el Partido Revolucionario Cristiano apoyó al Partido Auténtico, en el que confluyeron diversos sectores políticos, gremiales y estudiantiles vinculados a la Tendencia Revolucionaria del Peronismo. Esta fuerza se ubicó en el tercer lugar, con el 9,4 % de los sufragios.

“Hay que sacarlo del medio”

En la segunda quincena de febrero de 1978, pocos días antes de la segunda desaparición de González, el médico posadeño Hilario Domingo Arnaudo quedó a cargo de la Secretaría de Salud Pública, por la ausencia circunstancial de su titular, el Doctor Mieres. Según declaró ante la justicia, en esos días recibió un llamado del Ministro de Salud para que lo acompañara a una reunión en el despacho del “gobernador” —interventor federal de facto, capitán de navío Rodolfo Poletti— y “un señor” a quien no conocía.

Relató que cuando comenzó el encuentro le extrañó que el motivo no fuera un tema de salud pública. Dijo que aquel hombre que visitaba a la máxima autoridad política de Misiones había llegado hasta allí exclusivamente para hacer una denuncia puntual contra el ingeniero Alfredo González. Lo señalaba como “una persona problemática” que “entorpecía el funcionamiento” de la Facultad de Ingeniería Química. Lo acusaba de “actividades desestabilizadoras” y, lo más grave, sugería que, por todo ello, “había que sacarlo del medio”. La reunión duró aproximadamente una hora. El testigo recordó que el gobernador escuchó atentamente a ese informante, que evidentemente era de su confianza, y dijo que “tomó la denuncia como suya”.

Apenas salió, Arnaudo se comunicó con Alfredo González para ponerle al tanto de la situación. Cuando le describió cómo era la persona que lo había denunciado Alfredo le contestó que sabía muy bien de quién se trataba, ya que era un colega suyo de la Facultad: Julio César Leumann.

El perseguidor

¿Quién era Leumann? En 1978 el propio Alfredo González comenzó a escribir un perfil de su enemigo en un documento de dos páginas que, a sabiendas del peligro al que estaba expuesto, le entregó en mano a Mario Marturet la última vez que se vieron, en febrero de 1978. Es un texto revelador que aporta pistas significativas para comprender el contexto de violencia institucional y los antecedentes de Leumann con la represión estatal. Allí se lee:

Julio César Leumann. Nació en 1934 en la ciudad de Santa Fe. Estudió en la Facultad de Ingeniería Química de Santa Fe, recibiendo el título de Doctor en Química especialidad analítica en 1960.

Se radicó en Posadas, Misiones, en 1961, donde trabajó en la Dirección de Industrias de la Provincia. Ingresó a la Facultad de Ingeniería Química como docente en 1964 (Posadas). En 1966, producido el cambio de gobierno por la Revolución Argentina fue nombrado Interventor en esa Facultad.

Su intemperancia e irracionalidad hicieron que fuera acusado públicamente de ‘tomar por asalto y por la fuerza’ la Facultad, ‘con un deliberado espíritu persecutorio y sectario extraño a las finalidades propias de la docencia en su más alto nivel’. Ver los ejemplares del diario El Territorio de Posadas de mayo, junio, julio de 1967 y en especial los editoriales del 13 de mayo, del 6 y 16 de junio, del 23 de julio y del 5 de agosto de 1967.

En esa época se enemistó con la mayoría de los profesores, quienes renunciaron masivamente. Todas las fuerzas vivas de Posadas estaban en su contra, representada por gente honorable como son los ex-profesores renunciantes don Samuel Acuña (farmacéutico, hermano del capitán Marcos Acuña, actual jefe de la Comisión de Defensa Civil), don E. Carrillo Moreno (actual director de la Escuela Técnica UNESCO), don Silvio Leguía (Ingeniero, Director Central de la empresa Papel Misionero), don Juan Rubén Oimo, (geólogo, actual director

de Minas y Geología de la Provincia), don Dardo Bofelli (director por muchos años del Consejo Provincial de Desarrollo de Misiones), quienes pueden aportar más datos sobre la personalidad y antecedentes de Leumann.

También en esa época prácticamente todos los estudiantes actuaron en contra de Leumann.

Para defenderse, Leumann provocó mucha confusión en los servicios de inteligencia oficiales, porque enviaba informes falsos acusando de 'comunistas' e 'izquierdistas' a todos los que actuaban en su contra. Ejemplo de esto son las acusaciones que pesan sobre Félix Tabbia, razón por la que lo dejaron cesante en la universidad en 1976. También envió informes de Aldo Pérez Miranda, de Luis Eugenio Alcaraz (también cesanteado en la universidad por esta causa en 1977), Raúl Arsenio Montero (también con malos informes que impidieron su ingreso como docente en la universidad en 1977). El mencionado Pérez Miranda también fue cesanteado en 1976 debido a esos informes enviados por Leumann y que datan de esa época (1976). Se estima que muchos otros fueron igualmente acusados ante los servicios de inteligencia oficiales.

La actuación de Leumann en 1967 fue muy discutida. Leumann se atribuía el papel de anticomunista y católico a ultranza. Por contraste con su oscuro actuar muchos jóvenes estudiantes vieron atractivas las ideas marxistas. Consciente del peligro, el entonces Rector de la Universidad Nacional del Nordeste, Ingeniero Jorge Atlántico Rodríguez, dejó cesante a Leumann como interventor en la Facultad de Posadas (3 de julio de 1967). Pero Leumann, valiéndose de algunas relaciones con el entonces Ministro de Educación de la Nación, Astigueta, hace caer al Rector Rodríguez, quien renuncia poco después.

Es muy conocido el prestigio del Ingeniero Jorge Atlántico Rodríguez en el ambiente universitario. Prueba de ello es que el Ingeniero Rodríguez fue nombrado nuevamente Rector de la Universidad Nacional del Nordeste en 1976 y sigue en su cargo a la fecha.

Como Rector de la UNNE a Rodríguez lo sucede Devoto y luego Walker, siendo Leumann Secretario General Académico en Corrientes.

También allí, con un deliberado juego de activación aceleración de la penetración marxista en la universidad, Leumann fue el principal provocador de los sucesos de mayo de 1969, que culminaron con grandes desórdenes estudiantiles y obreros en Corrientes (muerte del estudiante Juan José Cabral), Rosario y Córdoba. Ver el editorial de El Territorio de Posadas del 18 de mayo de 1969 y el diario El Norte de Resistencia (Chaco) del 2 de junio de 1969.

Tanto en 1967 como en 1969 Lemann actúa y quiere aparecer como adalid de la Revolución Argentina, pero en realidad fue uno de los que coparon esa acción de las Fuerzas Armadas Argentinas.

Su 'táctica marxista' se descubre recién en 1973 cuando Leumann firma una declaración de Apoyo a Cámpora (Ver diario El Territorio de Posadas, del 10 de mayo de 1973 – segunda sección).

Durante toda la época del desquiciamiento peronista 1973-1976, Leumann no tiene actuación pero apoya en todo momento a los que asltaron el poder.

Ya en 1977, se tienen indicios ciertos de que Leumann es uno de los autores, y quizás el principal instigador y cerebro de los panfletos que aparecen en la Facultad de Ingeniería Química de Posadas, atacando al decano Bruno (ex-comandante retirado de Gendarmería, Ingeniero militar, puesto en el cargo por las autoridades del Proceso de Reorganización nacional).

El conocido personaje peronista Juan Marcelo Quirelli, de triste memoria en la Provincia de Misiones, dedicó su trabajo de graduación a Leumann por la 'permanente colaboración y guía' que éste le prestó durante sus estudios.

En la Facultad es conocido el hecho de que Lemann firma el libro de asistencia en el horario que nunca cumple. Se le paga por 35 horas semanales de dedicación pero cumple menos de la mitad de ese horario.

Debajo de este documento don Mario Marturet aclara en puño y letra: *“Es copia fiel. Me lo entregó Alfredo González en mi casa, febrero-marzo 1978, de paso a Bella Vista. Fue su último viaje. El escrito quedó inconcluso”*.

Tiempo después, Marturet manifestó: *“Yo a Leumann lo conocí, traté con él. Era un hombre de extrema derecha ideológica, muy cercano, sino pleno nazista, de corte nazi-fascista. Cuando cae Onganía, dentro del despelote de las fuerzas armadas, cae Walker. Caen todos. Garay Sánchez era el interventor federal en Corrientes, que es quien produce la muerte de Cabral. Fue un policía, pero mandado por Garay Sánchez, el gobernador. La policía actuaba por mandato directo del gobernador. Yo tengo pruebas muy directas de la cosa. Y cuando cae Garay Sánchez cae Walker, cae Leuman, caen todos”*.

Primera desaparición

En la madrugada del 24 marzo de 1976 Alfredo González escuchaba la radio en la sala de la casa que alquilaba por calle Sarmiento casi Ayacucho, en el microcentro posadeño, cuando un grupo de tareas ingresó por la fuerza. Lo tumbaron a los golpes, lo esposaron y, sin dar explicaciones de ningún tipo, lo llevaron detenido. Este secuestro, se supo luego, se produjo en el marco del llamado Operativo Claridad: una lista negra elaborada por la junta militar en la que figuraban referentes del ámbito cultural, educativo, artístico y comunicacional acusados de “presuntas actividades subversivas”.

Moisés “Cacho” Hassan fue uno de los grandes amigos de Alfredo González en Posadas. En la mañana del 24 de marzo, movilizado quizás por alguna intuición, decidió pasar con su camioneta frente a lo de Alfredo. Notó movimientos extraños. Estacionó a una cuadra. Se cruzó con un agente de policía de la Comisaría primera, a quien conocía.

—Che, ¿qué pasa en esa casa? —le preguntó.

—Y mirá: esto es un nido de subversivos —respondió el uniformado.

Días después llegaron desde Bella Vista los padres y algunos hermanos de Alfredo para colaborar con la búsqueda. Visitaron diferentes áreas de las fuerzas armadas, de la policía federal y la policía provincial. Hablaron también con el Obispo Jorge Kémerer y hasta intentaron, sin éxito, una audiencia con Caggiano Tedesco, jefe del área militar 232. Recibían casi siempre la misma respuesta: “Está desaparecido”.

Cacho Hassan cuenta que entonces fue a ver a su amigo Víctor Marchesini, abogado y exdiputado provincial del radicalismo —cuyo mandato se vio interrumpido por el golpe de estado—, y le preguntó si podía hacer alguna averiguación. El 5 de abril, cuando Marchesini se acercó para pedir información sobre el paradero de González y otros presos políticos de Misiones, fue también detenido y pasó a compartir la cárcel con Alfredo y otros conocidos militantes populares de la provincia. Días más tarde también detuvieron al abogado Osvaldo Dei Castelli, quien trabajaba junto a Marchesini.

Cuando en Posadas ya no hubo respuesta de ningún tipo, Hassan decidió ir a Apóstoles, a 65 kilómetros de la capital provincial, a probar suerte. Llegó al Regimiento Monte 30 del Ejército y pidió para hablar con el jefe. Tras una larga espera le hicieron pasar al despacho. Cacho le consultó si sabía dónde se encontraba el ingeniero Alfredo González. Le dijo que suponían que estaba detenido en Candelaria. El militar aseguró que no manejaba esa información pero, conmovido por la actitud de Cacho, se mostró predispuesto a ayudar:

—¿Qué es usted de él?

—Soy su amigo.

—¿Y se da cuenta de lo que se está jugando?

—No sé lo que me estoy jugando, pero sí sé que él es mi amigo.

—Quisiéramos tener muchos amigos como usted en estas circunstancias de la vida —le confesó—. Mire. Yo mañana le voy a llamar a las seis de la tarde. Usted levante el teléfono y no diga nada. Si está en Candelaria le voy a decir “sí” y si no está le voy a decir “no”.

Al otro día sonó el teléfono a la hora convenida. Con alivio y alegría, Cacho escuchó la respuesta afirmativa. Cuando fueron hasta el penal de Candelaria comprobaron que allí estaban Alfredo, Marchesini, y muchos otros presos políticos, conocidos dirigentes de diferentes municipios de Misiones.

Alfredo González estuvo detenido seis meses en la Unidad Penal de Candelaria y dos semanas en la Unidad Penal 7, cárcel de máxima seguridad de Resistencia, Chaco. Fue liberado en septiembre de 1976. En febrero de 1977 fue reincorporado como docente en la Facultad de Ingeniería Química de la UNaM.

Segunda desaparición

En la tarde del 4 de marzo de 1978, al finalizar la jornada de trabajo en la fábrica “Bañay” de Leandro N. Alem, Alfredo González y su asistente y amigo Julio César Capli regresaron a Posadas. Quedaron en reencontrarse en la casa de Alfredo a la noche, para coordinar las actividades del día siguiente.

Según declaró Capli, estaban en esas tareas cuando irrumpieron en la vivienda alrededor de quince personas, quienes apagaron las luces y los arrojaron al piso con violencia. Fueron maniatados, les colocaron algodón en los ojos y los vendaron. Totalmente a oscuras, recibieron golpes de puño y con otros objetos.

Los metieron en el baúl de dos vehículos que, por sus características y tamaño, describió Capli años después, serían Ford Falcon. Perdieron la noción del lugar después de un largo recorrido por calles asfaltadas. Finalmente transitaron unos pocos metros de caminos de tierra. Los autos se detuvieron, los bajaron y llevaron hasta un sitio cerrado, donde fueron depositados.

Los ataron a un alambre y permanecieron en el piso, que era de ladrillos. Estuvieron allí muchos días, con los ojos vendados. Habían entre diez y quince personas más. Con los días reconocieron que estaban cerca del aeropuerto, por el ruido del despegue y aterrizaje de los aviones, que sonaba cercano. Ese centro clandestino de detención, que años más tarde fue localizado e identificado como “La Casita de Mártires”, era una construcción precaria con un ambiente principal. En la parte trasera había una letrina y un mangrullo. Uno de los presos visualizó una placa que decía “Destacamento Mártires”. Y a un costado había un pozo de agua del que, declararon luego varios sobrevivientes, colgaban a los detenidos.

En ese lugar casi siempre sonaba LT 17, la radio pública de Misiones. En los momentos de tortura encendían hasta tres equipos, subían el volumen al máximo y las sintonizaban mal. Durante los interrogatorios aplicaban la picana eléctrica en la cabeza, la boca y otras partes del cuerpo de las víctimas. También les arrojaban hormigas coloradas y les pasaban ramas de ortigas por la cara y los genitales, lo que les producía un insoportable escozor e inflamación en la piel. Y no faltaban las torturas psicológicas, con amenazas de agresiones y muerte a familiares cercanos.

Julio César Capli relató que en una ocasión escuchó la voz de Alfredo González. Le preguntó como estaba. Dijo que Alfredo, aturdido y como si no escuchara, simplemente respondió con un “¿eh?”. Los militares se dieron cuenta de que estaban iniciando un diálogo y los castigaron brutalmente.

Varios testigos relataron que fue el Obispo Jorge Kémerer quien les hizo saber que Alfredo González había muerto porque a los militares “se les pasó la mano en las tortura”, que “Alfredo no resistió la tortura” y que “se había quedado en la tortura”.

Juicios de Lesa Humanidad

Apenas recuperada la democracia, los familiares y excompañeros de Alfredo González iniciaron investigaciones de manera independiente con el objetivo de conocer las circunstancias de la desaparición forzada del exdecano y docente de la Facultad de Ingeniería Química. Fue un largo proceso en el que intervinieron doña Elba y Meli, madre y hermana de Alfredo, los abogados Ramón «Moncho» Enríquez y Fernando Canteli, la expresa política y activista de derechos Humanos Graciela Franzen, la historiadora Yolanda Urquiza, y el dirigente de la democracia cristiana Mario Marturet, al igual que muchos otros testigos y militantes de los Derechos Humanos de la región.

En 2004 comenzó en la provincia el primer Juicio por la Verdad, con la causa del Ingeniero González, en el que declararon numerosos testigos. Y en junio de 2008 se desarrolló en el Tribunal Oral en lo Criminal Federal de Posadas, Misiones, la Audiencia del Debate Oral y Público por esta causa. El único procesado fue el Coronel retirado del Ejército Carlos Humberto Caggiano Tedesco, jefe del área militar 232, acusado de los delitos de privación ilegítima de la libertad agravada y tormentos seguidos de muerte en concurso real.

En ese marco, fueron convocados un total de catorce testigos que aportaron testimonios clave para conocer detalles del secuestro y la desaparición de González, así como también el clima de violencia político-institucional, las posibles causas de la persecución hacia el ingeniero de Bella Vista, y el intenso itinerario de búsqueda que emprendieron familiares y amigos.

El exjefe militar fue condenado a 25 años de prisión como «autor mediato penalmente responsable de los delitos de privación ilegítima de la libertad agravada por la aplicación de tormento seguido de muerte», por la desaparición y muerte de Alfredo González.

Huellas para seguir luchando

“Tengo la íntima certeza de que quien entregó a Alfredo es Leumann”, decía con frecuencia don Mario Marturet. Y lo repetía cada vez que evocaba la memoria de su compañero. Lo enfatizó en su declaración testimonial en la causa judicial y, para probarlo, en 2004 aportó como evidencias los documentos que le dio Alfredo en 1978.

Dos meses después de concluido el juicio por la desaparición de su hijo Alfredo González, el 16 de septiembre de 2008 doña Elba Dolores Gómez de González falleció en su casa de Bella Vista. Tenía noventa y nueve años.

Mario Marturet le dedicó un emotivo homenaje que concluía con estas palabras:

“Elba entonces, cerrando sus ojos, dijo: ‘Tarde, pero llega la Justicia’. En ese juicio resonó con fuerza impactante, la frase condenatoria de Doña Elba Dolores Gómez de González, mujer que honró la lucha de las madres, la dignidad y la vida: “¡Bárbaros! ¿Cómo se escudan en la palabra desaparecido? ¡Cobardes! ¡Se vive, se muere, no se desaparece!”.

Fotografía: Mario Marturet ofreciendo un discurso en el acto homenaje a Alfredo González en Bella Vista, Corrientes, el 17 de octubre de 2015. Gentileza de Gustavo Oviedo, desde Bella Vista.

12 ABRIL, 2020# JUNIO, 2020# ALFREDO GONZÁLEZ, # DESTACADO, # MEMORIA Y DICTADURA

2 comentarios en “La íntima certeza”

1.

Javier Gortari dice:

13 ABRIL, 2020 A LAS 20:02

Excelente crónica. Muy dolorosa por cierto, para toda la comunidad de la Universidad Nacional de Misiones (UNaM).

En marzo de 2009, en ocasión de conmemorarse el día nacional por la Memoria, la Verdad y la Justicia, se impuso el nombre «Ing. Alfredo González» a la sala de sesiones del Consejo Superior de la UNaM.

Dr. Javier Gortari, ex rector UNaM

RESPONDER

2.

Andrés Linares dice:

14 ABRIL, 2020 A LAS 18:57

Conocí profundamente a Alfredo, fue mi jefe de Cátedra en Operaciones Unitarias. El fue quien me convenció y me consiguió una plaza en el Instituto de Agroquímica y Tecnología de Alimentos de Valencia (España) y me ayudó a gestionar una beca externa de la UNNE, para realizar el posgrado en esa institución. además como decano llamó a concurso cargos en Operaciones Unitarias, mediante los que ingresamos a la Universidad el Ingeniero Rodolfo Kanzig y yo. Alfredo era mi compañero de gabinete, persona afable y muy interesante, esa experiencia entre mate y mate me hizo adquirir un gran afecto con Alfredo. Ese día funesto del 4 de marzo de 1978, tenía con Alfredo una mesa de exámenes, juntamente con el ingeniero Osaki. Lo esperamos durante unas 2 horas, entonces le dije a Jorge (Osaki), mirá Alfredo suele levantarse tarde, empecemos el examen y él va a llegar más tarde seguro. Desde ese día no volvió nunca más. Me causó una inmensa tristeza leer esta nota, pero también me causó alegría que todavía después de más de 40 años se lo recuerde, yo lo tengo presente permanentemente, fue una persona muy importante para mí.

RESPONDER



